
Homenaje a Quetzalcóatl*

El viento en Teotihuacan

Recordando que Jean Cocteau bautizó al Partenón como «la pista de aterrizaje de los dioses», la arqueóloga Dominique Verut nos propone que la emoción considere a Teotihuacan como «la pista de despegue de los hombres hacia los dioses»: «Los antiguos griegos hicieron los dioses a su semejanza. El atrevimiento de esta decisión religiosa en el mundo helénico se extenderá a su filosofía y a todo su pensamiento, convirtiéndose en el dogma occidental por excelencia: el humanismo; la constante preocupación del mundo mediterráneo será el hombre». Por el contrario, «la constante inquietud del mundo mesoamericano será el estorbo de la condición de hombre para alcanzar la divinidad». León Portilla nos recuerda que Teotihuacan, «lugar donde se hacen los dioses», es el gran centro ritual y generador de numerosas instituciones culturales del mundo indígena posterior. Fray Bernardino de Sahagún afirma que Teotihuacan era un cementerio de reyes. Su edificación (¿no sería más preciso decir «su creación?») se supone iniciada hacia los primeros años de la era cristiana, aunque diversos arqueólogos aseguran haber hallado en Teotihuacan señales arqueológicas que se remontarían al tercer siglo antes de Jesucristo. Teotihuacan tiene, pues, canas de dos milenios en su edad. Sus piedras solitarias miran al tiempo con arrogancia silenciosa, acobardando al porvenir.

A la llegada de Cortés los indígenas aún conservaban, en forma de cantos, versiones míticas de la fundación de Teotihuacan. Según una de ellas, en Teotihuacan habrían sido creados la Luna y el quinto Sol: «Cuando aún era de noche, cuando aún no había día, cuando aún no había luz, se reunieron, se convocaron los dioses, allá en Teotihuacan». Dos dioses (*Teuciztécatl* y *Nanabuatzin*) se ofrecieron a arrojarse a las llamas, consumirse en ellas y de este modo convertirse en el Sol. Los hizo vacilar el horror, y su renuente sacrificio tan sólo originó la Luna. En Teotihuacan, pues, como en el Universo, la noche precede a la vida. Ahora, el europeo de finales del siglo XX amortigua, deslíz en admiración su sobresalto al contemplar las pirámides increíbles, mas no puede omitir la rara sensación de que la noche primordial, convertida en extraño viento que desdeña apagar el sol, le roza el corazón, lame sus huesos, le besa la cabeza con que comprende, admira y tiembla.

Hoy, la impetuosa ruina de Teotihuacan está compuesta por la Pirámide del Sol (1.300 metros de terraplén, 60 metros de altura y 225 de base), la Pirámide de la Luna

* Páginas del libro *Once artistas y un dios*, de inmediata publicación en Taurus Ediciones.

(un poco menos caudalosa y de mayor antigüedad), el templo de la Agricultura, la Ciudadela (con el templo de Quetzalcóatl), la impresionante Avenida de los Muertos, el palacio de Quetzapapólotl, los restos de edificios y de habitáculos menores... en una superficie de seis kilómetros de largo por tres kilómetros de ancho. El viajero camina por la Avenida de los Muertos, trepa con lento esfuerzo sobre los escalones de la Pirámide de la Luna, recibe el raro viento en la rara mañana, y supone que cree que recuerda que, entre los siglos IV y VII de nuestra era, Teotihuacan estaba habitada por doscientos mil seres (que hoy son doscientos mil fantasmas) que hacían de Teotihuacan la ciudad, en aquel tiempo, más poblada del mundo. Unos siglos atrás, y según contaban o cantaban los informantes de Sahagún, «todos se pusieron en movimiento: los niñitos, los viejos, las mujercitas, los ancianos. Muy lentamente, muy despacio, se fueron, allí vinieron a reunirse en Teotihuacan (...) y toda la gente hizo adoratorios (pirámides) al Sol y a la Luna; después hicieron muchos adoratorios menores. Allí hacían su culto y allí se establecían los sumos sacerdotes de toda la gente. Así se decía Teotihuacan, porque cuando morían los señores, allí los enterraban». Muchos siglos más adelante, los aztecas, *que encontraron vacía la ciudad*, no quisieron creerla construida por seres como ellos, y ante las dimensiones inconcebibles de los templos y las pirámides, conjeturaron que Teotihuacan había sido edificada por gigantes que alguna vez, en épocas remotas, habrían poblado el mundo. La negativa del cerebro azteca a asumir que los desvalidos hombres hubieran levantado tanta belleza y tales desarofadas dimensiones se convierte en la tentación del cerebro europeo de nuestros días: la tentación de suponer que entre las grietas de los escalones, y en los pliegues del viento extraño, se oyen gemidos sucesivos de sucesivas generaciones de hombres, y tal vez gemidos de dioses.

El viajero se detiene un instante en algún escalón de la Pirámide de la Luna y piensa que el silencio está poblado de un rumor de obsidias y de piedras oscuras procedentes de los volcanes; lanza su mirada ululante por la Avenida de los Muertos y supone que cree que necesita ver a un pueblo milenario y resurrecto que deambula fantasmagórico sobre ese misterioso pavimento articulado con piedra volcánica; un pueblo resurrecto y silencioso que mira al porvenir (el porvenir es el viajero) con mirada a la vez limosnera y terrible: ¿Dónde están nuestros dioses? ¿Dónde quedaron nuestros años? ¿En dónde germinaron los granos de nuestro maíz? Oh, biznieto de Quetzalcóatl, respóndenos; acá, en la muerte, hay una tormenta de preguntas. ¿Dónde están nuestros dioses, dónde? El viajero se limpia el sudor contemporáneo de su cuello y sus sienes, mientras nota un escalofrío que no sabe si le llega del fondo de sus huesos, del fondo de los siglos, del fondo de su horror, del fondo de su misericordia. Vuelve la espalda a esa solicitud turbulenta y callada, mira de nuevo hacia la cúspide de la Pirámide de la Luna y avanza por los altos escalones no sabe cómo, a qué, no sabe adónde, millonario de su ignorancia.

El viajero ha caminado por la Avenida de los Muertos, volcánica y, a pesar de la presencia de otros viajeros como él, callada y enigmática, como un vasto secreto. El viajero ha subido ya la mitad de los altos escalones de la Pirámide de la Luna y desde allí contempla el turbulento y silencioso hechizo de Teotihuacan, la Ciudad de los Dioses. Lo que ahora siente este viajero lo han sentido millones de turistas, y lo han sen-



Teotihuacan. Avenida de los Muertos, con la Pirámide de la Luna al fondo



La gigantesca masa de la Pirámide del Sol, en la ciudad de Teotihuacan